

Apuntes para una Historia de la Censura

Lo que
era “malo”
y lo que
era “bueno”
en 1911



Las «perniciosas y disolventes ideas volterianas» eran el latiguillo decimonónico con que se anatematizaba las obras que no respondían a la más arcaica ortodoxia católica. Voltaire —en el grabado— servía como arma arrojadiza incluso contra textos perfectamente inocuos.

Carlos Sampelayo

REBUSCANDO los domingos por la mañana en los «Encantes» barceloneses, he encontrado muchos libros antañones, a precios inverosímiles por lo baratos, y colecciones o trozos de colecciones de revistas que harían las delicias de un archivo periodístico retrospectivo.

Junto a un folleto sobre interpretación de los sueños por orden alfabético, llamó mi atención un precioso tomito —precioso a pesar de que está empolvado y amarillento— titulado «**Representaciones escénicas malas, peligrosas y deshonestas**», editado en Barcelona en 1911. Autor, un fraile franciscano llamado Amado de Cristo Bruguera y Serrano. Sólo me costó cincuenta pesetas, sin regateo...

Y en verdad lo he pasado «bomba», tanto que no puedo por menos de darle cuenta a los lec-

tores de muchas de las ideas que en la España moral y sus ex colonias había de diversos escritores de teatro y diversas piezas escénicas, todavía al comenzar la segunda década del siglo actual.

La divertida obra de Tirso de Molina —precisamente otro fraile, Fray Gabriel Téllez— «Don Gil de las calzas verdes», es tachada por Fr. Amado de Cristo de «mala», no por juicio crítico teatral, sino entre otras circunstancias «por lo deshonesto e inmoral de la fábula, lo casi procaz de sus chistes y lo repugnante de su desenlace».

Los episodios, novelas y dramas de don Benito Pérez Galdós, el mejor escritor español del XIX, son «engendros del Infierno» y a él irán todos los que antes vayan al teatro a ver cualquiera de sus producciones.

El admirable narrador ruso Nicolás Gogol no se podía considerar válido en 1911. Razones: «Sus escenas, llenas de vida, resultan peligrosas».

Beaumarchais merece el siguiente comentario de Fr. Amado de Cristo: «Este autor enriqueció con los negocios y arruinose luego, suministrando armas y municiones para los revolucionarios de su patria, y ayudando, asimismo, a la impresión de las obras de Voltaire».

Una preciosa obrita de don Ramón del Valle-Inclán, «**Cuento de abril**», se censuraba totalmente. Razones: «Ser de una mundanidad frívola, elegante y malsana; en ella resuena la libidinosidad y no pocas veces asoma por sus páginas la faz fría y antipática de Voltaire». Esta aseveración se lee en una llamada a pie de página, firmada por Severino Aznar, frecuente apellidado en los anales del periodismo español.

No se aconseja ir al teatro a ver dramas o comedias de Esquilo, Aristófanes, Sófocles, Eurípides, Plauto, Terencio, Séneca y otros, «por ser autores paganos». De Shakespeare se dice: «No es recomendable, pues aun cuando está lleno de un mérito que se concibe, no es fácil de explicar». ¿Por qué? Fr. Amado de Cristo corre un velo. Seguramente es que él no lo ha entendido, aunque salva esa falta de entendimiento al «concebir el mérito» del Cisne de Avon.

Tanto los autores del Romanticismo como los naturalistas, están en entredicho.

Al infeliz Alejandro Dumas, hijo, como consecuencia de apiadarse de una pecadora tísica —«**Dama de las camelias**»—, Fr. Amado de Cristo le anatematiza con todas sus fuerzas en estas palabras: «Sus obras, en general, son licenciosas, al par que antirreligiosas, mereciendo por ello el terrible anatema de la Iglesia. En cuanto a las dramáticas, ensalza la idea de la más cruel venganza y justifica el asesinato».

De George Sand, en vista de que no fregaba los platos ni cocinaba la comida y se ponía vestidos masculinos y bebía café en los cafés, asegura que las novelas que escribía «dan aires de grandeza al crimen, y rebajan cuanto pueden la hermosura de la virtud».

Alfredo de Musset hace «un teatro insípido y malsano».

Xavier de Montepin también es combatido por el fraile de 1811, diciendo: «Sus obras le valieron mucho dinero a cambio del peligro moral de los espectadores». (Se observa que con los que han ganado dinero con la literatura se ensaña menos.)

Merimée hizo obras «sucias e impías».

Y llegamos a Unamuno, a quien se le presta mayor atención en estos términos: «Es actualmente rector de la Universidad de Salamanca. Mientras los de su **cuerda** ponen por las nubes la poesía y la prosa de este desahogado catedrático, los hombres de espíritu sereno se entristecen al ver que dicha poesía se



Para el fraile franciscano Amado de Cristo Bruguera y Serrano, los libros de don Benito Pérez Galdós (al que vemos en compañía de Margarita Xirgu) eran nada menos que «engendros del Infierno»...



Ni siquiera Shakespeare se libraba de las admoniciones de «Representaciones escénicas malas, peligrosas y deshonestas» donde se consideraba al dramaturgo (aquí, en escultura de Mac-Monnies) como «no recomendable», pues «no es fácil de explicar».

convierte en versificación loca de atar, y la prosa en parrafadas confusas, sin pies ni cabeza, escépticas, ateas, habiendo perdido todo el prestigio literario en el pataleo que el público ha dado a sus últimos esperpentos dramáticos».

Retrocede hasta Moratín y le mete en sus redes moralistas: «Protegido por don Manuel Godoy, escribió varias comedias, pero se afrancesó y manchó sus poesías con feas ideas volterianas, por lo que sus producciones resultan, por ello, peligrosas».

También vitupera la ópera. Las de Verdi, «desde el viso moral, son detestables». Wagner: «La tendencia de sus óperas es desmoralizadora».

Se mete con Goethe a propósito de la ópera «Fausto» musicada por Arrigo Boito, y dice así: «Es lo que podríamos llamar obra de loca imaginación, cuyos pensamientos dominantes pertenecen al mundo de la lobreguez y la

congoja; nótase gran mezcolanza de ideas teológicas y místicas, que la tornan inaceptable».

Al llegar aquí se dirán ustedes que el padre franciscano Amado de Cristo Bruguera y Serrano es un crítico destructivo y no constructivo. Nada de eso. También dice a las gentes de su tiempo lo que deben ver y leer. Por ejemplo: «**Vocación de San Luis Gonzaga a la Compañía de Jesús**», obra dramática en tres actos. «**La victoria de San Luis Gonzaga**», drama en verso por G. de V. (?). «**El venerable padre Gaspar Dragonetti**», zarzuela en tres actos y en verso. «**Un examen de primera comunión**», obrita en un acto y en verso. «**Los pastores de Nazareth**», idilio en cuatro actos. «**Nadie se muere hasta que Dios quiere**», comedia en tres actos. «**El mal apóstol y el buen ladrón**», drama. Y otras producciones por el estilo. En resumen, hace un «septálogo» de lo que se puede ver. Copio:

«Las obras honestas a las que se puede asistir sin peligro alguno son aquellas que:

- 1.º No edifican, pero tampoco destruyen.
- 2.º Las que llevan algún chiste algo atrevido.
- 3.º Las disparatadas.
- 4.º Las científicas y artísticas, no tendenciosas.
- 5.º Las de asunto religioso.
- 6.º Las moralizadoras.
- 7.º Las infantiles no laicas».

Con la referencia a este hallazgo creo hacer un favor a las personas de estricta moralidad en nuestra época. Todo aquel que se decida a presenciar una función teatral puede telefonarme y yo veré, con ayuda del librito del padre Amado de Cristo, si la comedia que desea conocer es «mala, peligrosa u honesta». Tendré gran placer en consultar los conceptos de esta extraña publicación, y le aclararé su posible indecisión. Si alguna Dirección General desea una fotocopia del tratado, se la enviaré también con mucho gusto. Podría servirle de orientación... ■ C. S.

Incluso en el terreno de la ópera, fray Amado de Cristo tenía algo que decir: según él, «desde el viso moral, las óperas de Verdi —en la foto— son detestables».

